

Antecedentes, situación actual y perspectivas de las Ciencias Sociales en Panamá

Carlos Castro

Resumen

Abre el autor su artículo con un recuerdo de la obra —inmensa en calidad— de Justo Arosemena (1817-1896). Continúa en los debates, ligados al advenimiento de la República en 1903, que heredan un importante pensamiento sobre la sociedad panameña. Señala la fundación de la Universidad de Panamá, en 1935, como otro hito importante en la producción de interpretaciones de la sociedad panameña, esta vez, en el marco de disciplinas científicas como la economía, la historia y la sociología. En la segunda posguerra advierte la vigencia de una corriente empiricista y neopositivista. A partir de 1960 ubica el autor otra etapa en la cual las Ciencias Sociales se activan como producto de una serie de procesos nacionales e internacionales. Esa activación se refleja en la aparición de importantes publicaciones periódicas. El último período, que se inicia en 1970, combina los esfuerzos de cooptación con la crítica social y eso se manifiesta en la producción científica.

1. Comentarios Preliminares

Durante los últimos años las nuevas tendencias en el desarrollo de las ciencias sociales en Panamá han sido capaces no solamente de im-

ner hábitos de trabajo intelectual totalmente nuevos y de determinar categóricamente el surgimiento de grupos e instituciones académicas y científicas no tradicionales (extra-universitarias), sino quizás más importante, de convocar a estimulantes debates ideológicos y enfrentamientos teórico-metodológicos que, o bien reivindicar para sí el derecho de proponer nuevos marcos de referencia, o replantean, en una nueva perspectiva, antiguas discusiones y debates. En muchos casos, estos debates han contribuido a legitimar diferentes propuestas y alternativas de transformación social e ideológica sobre la base de los conocimientos, métodos y modelos que emanan de la nueva moral y práctica científica.

Desafortunadamente, a pesar de estas circunstancias de expansión y crecimiento, aún no parece existir un ambiente propicio para la evaluación crítica del nuevo momento, sino más bien para la confrontación, el contraste y el reforzamiento de puntos de vista divergentes. No es de extrañar, por lo tanto, que hasta el momento, la ciencia social local se encuentre en mora, con respecto a una evaluación puntual del significado o impacto de este desarrollo sobre la realidad social en su conjunto o sobre las propias condiciones de la producción científico-social en cuanto tal. Debido a este déficit, el verdadero significado de este rápido desarrollo de las disciplinas sociales en nuestro país ha sido sobrevalorado en muchos casos y de igual manera subestimado en otros, con lo que a las dificultades propias de la institucionalización o legitimación de toda ciencia nueva, se suman los prejuicios, estereotipos y vulgarizaciones precientíficas propias del *statu quo* lo que contribuye, aún más, a entorpecer una adecuada apreciación de su verdadero rol en la sociedad.

Esta evaluación entonces, no es una empresa fácil, toda vez que, incluso, la definición misma del objeto de evaluación (área de especialidad, métodos, teorías, procedimientos, etc.) ha sido, de hecho, materia de fuertes polémicas y profundas disensiones en el terreno filosófico y político. No obstante la dificultad que esto conlleva, creemos que esa tarea de evaluación y revisión crítica de la práctica científico-social en nuestro país es una tarea impostergable. Por esa razón, quizás está demás que señalemos que el propósito de estas notas es simplemente el de establecer algunos criterios básicos de análisis en ese sentido, sin ánimo, desde luego, de proponer respuestas concluyentes. De hecho, el objetivo general de estas reflexiones es muy modesto, se trata simplemente de considerar algunos parámetros o puntos de referencias (históricos, teóricos y temáticos) a partir de los cuales pueda emprenderse, con posterioridad, una incursión de mayor envergadura tendiente a evaluar el desarrollo de las disciplinas sociales que se dan en nuestro medio, particularmente, desde dos puntos de vista:

- a) de las condiciones (históricas, materiales y espirituales) bajo las cuales se desenvuelve la producción del conocimiento científico y tecnológico nuevo en materia de ciencia social y
- b) de su "contribución" a los procesos de transformación socio-política y económica del país.

Un balance de las ciencias sociales en Panamá, de su contribución a los procesos de transformación social y de sus perspectivas a corto y largo plazo, nos aboca necesariamente y como tarea previa a la precisión de algunos términos así como hacia la delimitación de problemas específicos, sin los cuales no sería posible una evaluación válida, por lo menos en el caso de nuestro país. Esto supone considerar, suscintamente, dos líneas problemáticas:

- a) **Problemas de interpretación histórica**, los cuales involucran específicamente, dos tareas, primera, la de esclarecer el punto de partida de las ciencias sociales en nuestro país, tarea ésta fundamental para cualquier intento serio de periodización del fenómeno histórico y segunda, la de definir las condiciones bajo las cuales se ha desarrollado la producción cien-

tífica en materia de análisis social en nuestro país.

- b) **Problemas de delimitación teórico-formal**, los cuales surgen de la amplitud del campo de observación de las ciencias sociales y, consiguientemente, de la diversidad temática y metodológica que la acompaña. En concreto, estos problemas hacen referencia a la validez de algunas delimitaciones formales, producto de elaboraciones academicistas y/o teorizantes, que han contribuido a crear confusiones respecto a qué se considera producción científica y qué producción no-científica. En un país como Panamá, institucionalmente endeble desde el punto de vista de una tradición intelectual-académica propia, estos problemas teórico-formales no siempre son fácilmente identificables, sin embargo, suelen tener profundas implicaciones en el terreno de la acción práctica, tanto ideológica como política. Por ejemplo, en la medida en que no existan criterios claros sobre este tópico, se corre el riesgo de excluir del campo de observación y análisis crítico de la realidad, una importante, rica y variada producción intelectual sobre la sociedad panameña.

Veamos brevemente cada uno de estos aspectos.

a.1. *Punto de partida y condiciones históricas*

De hecho, habría que señalar que ese particular nivel de conocimiento de la realidad que se expresa por medio de lo que ahora conocemos como *ciencia social panameña*, constituye una instancia sumamente reciente de conocimiento de nuestra realidad social. Tan reciente, que aún la discusión sobre sus criterios de legitimidad y fundamentación pareciera constituir, para muchos, una tarea de primer orden previo a cualquier intento de reconstrucción histórica (Porcell, 1984; Figueroa, 1984; A. Castro, 1976). Queda abierto entonces, un problema de precisión de las condiciones históricas bajo las cuales se inicia el trabajo científico social en Panamá, y por tanto de periodización, que reclama una solución clara y precisa. Algunas consideraciones se imponen.

En primer lugar, habría que puntualizar que aparte de su primerísima importancia heurística en cuanto a determinar los antecedentes teóricos e históricos a partir de los cuales se prefiguran

las nuevas disciplinas científicas, la 'novedad' de las ciencias sociales es indicativa además de un hecho histórico mucho más fundamental cual es la carencia de una sólida tradición científica e intelectual en el istmo, expresiva a su vez, de la ausencia secular de una élite pensante propiamente dicha, o por lo menos claramente distinguible en cuanto a estilo de vida, símbolos, maneras de actuar, hábitos, etc., en fin, en cuanto estrato social diferenciable.

Durante la Colonia, y bajo el indolente signo de una economía de tránsito y de una población flotante, no van a prosperar en el istmo condiciones que permitan la configuración de grupos económicos o segmentos culturales (élites cultas), socialmente cohesionadas. No obstante la cantidad de juristas y científicos nacidos en Panamá y el profuso tránsito a través del istmo —hacia o desde la metrópoli— de incontables intelectuales, sabios y hombres de ciencia, lo cierto es que, como su población, nos encontraremos con un país que desplegará una actividad cultural y científica que bien puede ser calificada de 'flotante' (Soler, 1971, p. 19) es decir, sin arraigo, ni impacto decisivo sobre la sociedad. Durante la Colonia y la mayor parte del siglo XIX, los aportes intelectuales más importantes —aunque aislados y sin mayores consecuencias— fueron en el terreno literario, particularmente el teatro y la poesía, y en la retórica y oratoria.

En su conjunto, la situación cultural y científica de Panamá no variaría sensiblemente durante el siglo XIX, destacándose sin embargo, como única excepción la monumental contribución de Don Justo Arosemena (1817-1896) hombre de letras de reconocida factura continental y quien edita en Nueva York (1840) sus famosos *Apuntamientos para la Introducción a las Ciencias Morales y Políticas*, pieza elemental, aunque original al mismo tiempo, y en donde se anticipa a proponer una brillante tipología referente a las Ciencias Sociales y Políticas. La presencia de condiciones materiales contrarias al desarrollo de la actividad científica en el país (un sistema educativo escuálido, una economía estancada, un analfabetismo altísimo, etc.) acompañada de una ambientación cultural diseñada precisamente para reproducir condiciones congruentes con las que puedan derivarse de una endeble economía mercantil de tránsito, determinan la poca receptividad y comprensión de la obra de Don Justo Arosemena, así como su débil incidencia sobre la actividad cultural del istmo.

El advenimiento de la República en 1903 y los problemas sub-siguientes concernientes a la consolidación del Estado nacional panameño, contribuyeron a revolucionar el ambiente cultural y político del país, al incitar un incipiente debate ideológico entre destacadas figuras de un neo-liberalismo progresista y nacionalista (Eusebio A. Morales, José Dolores Moscote, Guillermo Andreve, Jephtha B. Duncan, José Daniel Crespo) —que, sin embargo, para finales de la década del veinte ya empieza a tornarse arcaizante y retardatario— y conspicuos representantes de lo que sería quizás el antecedente intelectual más importante en este siglo, vía la configuración de una intelectualidad orgánica de derecha en Panamá (Nicolás Victoria Jaén, José de la Cruz Herrera, Pablo Arosemena).

De este debate, sin embargo, todavía no derivan acciones concretas dignas de mencionar conducentes al establecimiento de una base sólida para la apelación científica en materia de estudios o análisis de la realidad social. Para mediados de la década del veinte nos encontraremos con la imposibilidad, por parte de la clase política gobernante, de desarrollar un proyecto liberal independiente, democrático y moderno, capaz de satisfacer las crecientes demandas populares debido, fundamentalmente, a la ingerencia directa de los Estados Unidos en los asuntos internos del país. Ingerencia ésta, virtualmente legalizada por los términos leoninos de la Convención Istmica del Canal Interoceánico (Tratado Hay-Bunau Varilla) de 1904, pero cada vez más rechazada por los nuevos sectores sociales, económicos y políticos del país. En ese contexto, la minúscula *élite* culta del país (de extracción oligárquica o vinculada orgánicamente a ella), a parte de no constituir una comunidad sólidamente integrada, perderá poder de legitimidad y representación frente a las nuevas fuerzas sociales que se gestan durante las dos primeras décadas de la república y que se expresan en el surgimiento de una pujante, aunque descontenta clase media urbana y una incipiente masa popular asalariada; en fin, se trata de la incapacidad de la clase gobernante de satisfacer las necesidades espirituales, culturales, científicas o intelectuales de estas nuevas clases.

La llegada al poder de sectores representativos de la pequeña burguesía panameña a inicios de la década del treinta mediante la acción revolucionaria del 2 de enero de 1931, crea y recrea las condiciones que harán posible el establecimiento de un proyecto socio-político y cultural dentro del cual

el desarrollo de las ciencias sociales ocupará un lugar prestante. Esto quedará demostrado al concretarse uno de los proyectos más importantes de la clase media, cual fue la creación de la Universidad de Panamá en octubre de 1935, proyecto reiteradamente rechazado por la decadente oligarquía liberal de las tres décadas anteriores. Así, la Universidad de Panamá se transformará rápidamente en el centro difusor de las nuevas disciplinas científicas, incluyendo desde luego a las ciencias económicas y sociales. Los más relevantes debates políticos y económicos de finales de la década del treinta y de casi toda la década del cuarenta, no podrán darse al margen de la ingerencia directa o indirecta de la Universidad de Panamá. Ni la iglesia, ni los partidos políticos, ni los grupos organizados (sindicatos, gremios, etc.) parecen haber jugado un papel significativo en la producción sistemática e institucionalizada de críticas o análisis especialmente relevantes sobre la realidad panameña, por lo menos hasta inicios de la década del sesenta. Queda claro, que cualquier intento de reconstrucción histórica o periodización deberá en gran medida partir de las condiciones bajo las cuales se ha desarrollado la educación superior universitaria.

b.1. *El deslinde teórico-metodológico*

Un segundo aspecto a tener en cuenta en la evaluación de las ciencias sociales en Panamá lo constituye el referente a lo que a primera vista puede ser definido como la contraposición formal metodológica entre "Ciencias vs. Humanismo" o "Ciencias Positivas vs. Ciencias Normativas" que cobra especial relevancia durante los períodos inmediatamente anteriores a la inauguración de la Universidad de Panamá, pero que en realidad remite a un problema mucho más profundo cual es el de la sistematización y delimitación más o menos precisa de la práctica científica en cuanto tal; y es que hablando en propiedad, no es posible establecer límites formales en una actividad social compleja, como lo es la producción científica, al margen de la identificación de *condiciones históricas mínimas de institucionalización*, es decir, sin establecer indicios mínimos de profesionalización expresados, *v.gr.*, en formas de trabajo bajo el control normativo de los propios miembros, asociaciones gremiales, publicaciones científicas, congresos, editoriales, centros de investigación, etc.

Sin embargo, el problema de la institucionalización empieza a resolverse en cierta manera en

el momento en que se determina un punto histórico de partida para ubicar el surgimiento de la reflexión científica propiamente dicha y que encuentra en la fundación de la Universidad de Panamá, en 1935, un hito fundamental. En este sentido, de lo que se trata es que, al nivel actual del arte en nuestro país, el problema de la institucionalización se proyecta, en primera instancia, bajo la configuración de problemas formales muy concretos, de orden teórico y metodológico, cuyo señalamiento no puede obviarse.

En efecto, ese cúmulo de contribuciones recientes en el campo teórico e interpretativo de la realidad social ejemplarizados en disciplinas como la Sociología, la economía política o la historia, no ha podido establecer un claro deslinde teórico-metodológico, por ejemplo, con respecto a las "Humanidades", es decir, con respecto a ciertas expresiones intelectuales que oscilan entre el arte, la imaginación creativa y la especulación filosófico-social. Es más, desde el punto de vista formal, uno de los estilos más difundidos entre los científicos sociales panameños continúa siendo el género ensayístico, frecuentemente acompañado de 'Aproximaciones' macro-especulativas (Humberto Ricord, Juan M. Vásquez, Diógenes de la Rosa, etc.).

Además, hasta hace poco, disciplinas como la Sociología y la Ciencia Política, en nuestro país, estuvieron virtualmente inmersas en el Mundo de las Ciencias Normativas tales como el Derecho y la Jurisprudencia, en donde algunos métodos de trabajo parecieran distar mucho de lo que hoy entendemos como propios de la investigación científica.

Sin embargo, debemos establecer claramente que lo que se ha denominado deslinde formal-metodológico no remite a un asunto puramente formal o a una querrela academicista tendiente a reactivar superadas distinciones neo-Kantianas o idealistas. Como ya se indicó, se trata de un problema de primer orden, que se expresa en formas concretas de acción que van desde el establecimiento e institucionalización de métodos, técnicas y hábitos de trabajo hasta decisiones referentes al uso que habrá que dársele al producto de la indagación social, pasando por la discriminación y selección de la temática y objeto de estudio, en función de prioridades.

Por ejemplo, al nivel institucional universitario, puede advertirse durante e inmediatamente después de la II Guerra Mundial la vigencia de una indisputable tendencia empiricista y neo-positivista,

popularizada en la Universidad de Panamá por profesores norteamericanos, que tuvo la virtud, en la práctica, de excluir de la historiografía nacional gran parte de la reflexión intelectual sobre la sociedad panameña, por considerársele como 'no académica' o 'no científica', es decir, como 'ideológica'. Como es fácil colegir, esta situación no era ajena al espíritu macartista y agresivamente anticomunista de la era de posguerra. De otro lado, no puede dejar de mencionarse, también en el ámbito universitario, la polémica surgida al calor de la publicación en 1984 de la obra de Alfredo Figueroa Navarro, *El Desarrollo de las Ciencias Sociales en Panamá*, el más reciente intento de sistematización de la producción científico-social en el país, donde el nudo gordiano lo constituye, precisamente, el esclarecimiento de los criterios de inclusión manejados por el autor para determinar el carácter de "ciencia social" de determinadas disciplinas científicas y profesionales o, lo que es lo mismo, la precisión respecto a los criterios de exclusión utilizados (Porcell, 1983).

Pero fuera del ámbito intelectual universitario es decir, en la esfera militante o explicitante comprometida, también se observaron, y se siguen observando, tendencias mutuamente excluyentes, a través de las cuales se exacerban las distinciones entre literatura ideológica y no ideológica, privilegiándose la primera y derogándose la última como 'academicista', en un contexto en el cual este último término se identifica con el mantenimiento del *statu quo*.

Hay que convenir en que, efectivamente, tras el discurso jurídico, la retórica o el 'buen decir', casi siempre se esconde, en el peor de los casos, una esclerosada defensa del *statu quo* y, en el mejor, la mecánica reedición y transplante en nuestro medio, de problemas y polémicas aún inexistentes.

Sin embargo, la identificación de estas formas de expresión intelectual, autodefinidas como ideológicas alternativas, extra-académicas, o simplemente identificadas como tales, es muy importante, más no para excluirlas del campo de análisis de las Ciencias Sociales, sino todo lo contrario, para incorporarlas creativamente al discurso científico en función de sus verdaderos atributos como manifestaciones de una actividad social concreta como es la producción de conocimiento nuevo en la sociedad. De cualquier manera, la discusión sobre problemas metodológicos o de delimitaciones formales solo debe darse en tanto cuanto sirva para comprender las particularidades

de esa producción intelectual en términos de interpretación de la realidad social y de las consecuencias que derivan de ella, y no simplemente para establecer ilusorios límites o 'fronteras imaginarias'.

Una vez señaladas estas notas preliminares, procederemos a una panorámica histórica del problema a partir de 1935, luego el examen del estado actual de la cuestión a partir de inicios de la década del sesenta, para finalmente señalar algunas tendencias a corto plazo en el desarrollo de las ciencias sociales en Panamá.

2. Breve descripción histórica del desarrollo de las Ciencias Sociales en Panamá

En términos generales podrían distinguirse tres períodos en una panorámica histórica de las Ciencias Sociales en el país.

1. 1935 a 1960
2. 1960 a 1970
3. 1970 en adelante (situación actual)

Al interior de cada uno de estos períodos es factible identificar diversas fases, etapas o ciclos, como veremos más adelante, sin embargo, ahondar en mayores detalles al respecto sería precisamente una de las tareas pendientes en un intento más global de reconstrucción histórica. En este momento, parece mucho más prudente el que se eluciden los criterios bajo los cuales, por un lado, se sitúa a la década del treinta como punto de partida y por el otro, se establecen límites a los diversos períodos. Las consideraciones que siguen pretenden aclarar estos puntos.

En efecto, aunque puede sonar en extremo categórico y hasta irreverente con respecto a la contribución de generaciones anteriores, hay que convenir en que las Ciencias Sociales en Panamá nace virtualmente con la fundación de la Universidad de Panamá en 1935 (Figueroa, 1984; Jaén, Suárez, 1984; Porcel, 1974). Pero de paso hay que señalar que esta aseveración no encierra ningún juicio de valor con respecto a los aportes filosóficos e intelectuales previos al período en cuestión, y mucho menos implica que esa contribución debe mantenerse al margen de cualquier consideración rigurosa acerca de antecedentes temáticas metodológicas, de estilo o de contenido que caracterizarían el desarrollo ulterior de las cien-

cias sociales en nuestro país. Pensar lo contrario sería una ingenua e imperdonable elementalidad para cualquiera que intente abandonar con seriedad el estudio de la sociedad panameña.

Tanto la incipiente contribución de la élite intelectual istmeña —liberal y conservadora— de la década del diez y del veinte (Eusebio A. Morales, Guillermo Andreve, José D. Moscote, Nicolás Victoria Jaén, José de la Cruz Herrera y otros) como la dispersa y difusa producción del pensamiento popular sindical y anarco —sindicalista de carácter—, a la vez, panfletario y doctrinal (José María Blasquez de Pedro, Cristóbal Rodríguez, D. H. Turner, Nicolás Terreros, Luis Bustamante, Esteban Pavletich, Sara Gratz) que florece sobre todo a mediados de la década del veinte, constituyen testimonios de inestimable valor como fuentes para entender la reiteración de algunos estilos de trabajo intelectual, así como de temas de investigación y análisis económico, social y político en décadas posteriores.

Sin embargo, lo que se trata de destacar aquí es el surgimiento de un nuevo patrón de observación crítica y sistemática de la realidad económico-social, —el “análisis social”— en tanto artesanía intelectual, esto es en cuanto dirigida a establecer claramente sus propios límites metodológicos, sus objetivos específicos de investigación, sus propios criterios de validación de la prueba, en fin su campo intelectual e institucional propio de trabajo. Ahora bien, es obvio que esta forma sistemática e institucional de trabajo no tiene que surgir, desarrollarse o consolidarse exclusivamente en los centros de enseñanza superior universitarios. La historia de la ciencia en EEUU y Europa así lo demuestran fehacientemente.

Sin embargo, en el caso específico de Panamá, la Universidad, por lo menos hasta poco después de la segunda mitad de este siglo, no solo ocupó un papel central en la promoción del ‘análisis social’, sino también un lugar protagónico como centro difusor del pensamiento disciplinado y riguroso en otras disciplinas científicas. Como ya se ha señalado más arriba, en un país con una incipiente y débil tradición intelectual, no es difícil que la Universidad desplace a otras instancias del quehacer intelectual y ocupe preponderancia en grado superlativo.

2.1. Primer Período: 1935-1960

Efectivamente, es a partir de 1935 cuando empieza a darse la divisoria de aguas entre los estudios

humanísticos literarios o de ‘reflexión libre’ sobre la sociedad y el hombre panameño y el inicio del uso de categorías, temas e instrumentos de análisis más propios de la ética científica en un sentido estricto. De la misma manera, el trasfondo ideológico que acompañaba a estas expresiones ‘pre-científicas’ de aproximación a la realidad social sufriría sensibles modificaciones. En cierta manera, el ‘nuevo discurso’ será en gran parte ascético, ‘neutral’, en fin, poco imaginativo. Del encendido discurso liberal, nacionalista y crítico de las décadas del 20 y del 30, desarrollados a través de profundos e intuitivos ensayos socio-políticos y de la oratoria culta, y el buen decir, iremos pasando poco a poco, y por medio de un proceso que no ha culminado aún, al frío y conceptual ‘informe’, ‘Report’ o artículo científico, el cual también serviría de vehículo para la difusión de formas ideológicas específicas. Así tenemos, *v. gr.*, que una de las primeras expresiones prácticas de este primer período científico sería la creación, una década después de fundada la Universidad, de la Escuela de Trabajo Social (1946), la cual surge muy influenciada por criterios empiricistas, pragmatistas y de profilaxis social. En este caso, los criterios propiamente científicos cederán el paso a la ideología del bienestar social (Welfare State), reproduciéndose así, en nuestro medio, una particular concepción del Estado, muy de moda durante la postguerra en los Estados Unidos. Esta concepción ideológica vehiculizada por la nueva ética científica y legitimada por la misma, si bien estaba imbuida de intenciones reformistas, distaría mucho de representar una avanzada de interpretación crítica de la sociedad. Pero esta es apenas una de las tantas variantes ideológicas del problema.

En realidad las primeras cátedras de sociología, centros de investigación y estudios especializados sobre la realidad social de Panamá que datan de mediados de la década del treinta, significarán un gran avance en cuanto a posibilidades reales de trascender esquemas simplistas o mecanicistas, en el tratamiento de la “cuestión social”. Desafortunadamente, el desarrollo de estas actividades, desde ese entonces hasta el momento actual, no ha sido siempre continuo ni ascendente. Quizás por razón de la secular vulnerabilidad de la economía y sociedad panameña con respecto al extranjero, y particularmente con respecto a los Estados Unidos, la característica más señalada ha sido el contradictorio proceso de rápida incorporación de estilo y hábitos de trabajo foráneos,

acompañados del súbito abandono de los mismos sin que medien auténticas 'crisis intelectuales' internas o momentos de verdadera transición, y peor aún, sin que lleguen a establecerse verdaderas 'escuelas' o tendencias. Afortunadamente, esto último empieza a ser menos cierto en los últimos diez años, como veremos más adelante, sin embargo, aún persisten las perniciosas consecuencias de este diletantismo intelectual.

Durante el período comprendido entre 1935 y 1960 pueden distinguirse claramente dos momentos: 1935-1940 y 1940-1960. El primer momento puede ser caracterizado como uno de fuerte promoción y estímulo al estudio científico impulsado por el flujo hacia Panamá de sociólogos, economistas y científicos procedentes de Europa (especialmente Alemania y Austria); posteriormente arribarán catedráticos de España y Estados Unidos. De esa primera generación de científicos y académicos alemanes podemos mencionar a los siguientes: Franz Borkenau (del Círculo filosófico de Frankfurt), Richard Behrendt (de la Universidad de Basilea), Paul Honingsheim (de la Universidad de Heidelberg), Erich Graetz y Siegfried Malowan (físicos de la Universidad de Zurich), Hans-Julius Wolff (jurista de la Universidad de Berlín), Werner Böhnstedt (Administración de Negocios de la Universidad de Kiel) y Siegfried Fischer (médico de la Universidad de Breslau). (Porcell, 1974).

En su mayoría, estos científicos, incluyendo a los españoles, llegan al istmo huyéndole al fascismo europeo; otros, particularmente los norteamericanos, llegarán como profesores visitantes apoyados por fundaciones privadas y jugarán un papel muy importante en la consolidación de las primeras bases académicas de la Universidad de Panamá. No obstante, el clima intelectual imperante en el país, que recién se aboca al establecimiento de la educación superior universitaria, y el escaso estímulo intelectual y material que encontrarían estos científicos para el adecuado desempeño de sus funciones académicas determinaría que, en la mayoría de los casos, la presencia de estos maestros en nuestro país fuera efímera. Esto impide la formación de una contraparte nacional capaz de continuar y profundizar investigaciones iniciadas a un nivel realmente científico. Sin embargo, algunos profesores tales como Richard Behrendt, en el campo de la Sociología y la Economía y Erich Graetz, en el terreno de las ciencias físicas dejaron profundas y duraderas huellas entre una redu-

cida aunque motivada generación de estudiosos locales.

La contribución más notable de los científicos alemanes, en el terreno de las ciencias sociales, se hace sentir, fundamentalmente, en tres aspectos:

- a) Introducen la modalidad alemana del *seminario-taller* con lo cual rompen con el esquema napoleónico de la 'cátedra magistral' colocando de esta manera a la investigación y al espíritu crítico y cuestionador en el centro del proceso de enseñanza-aprendizaje;
- b) Impulsan la creación de *Centros de Investigación* orientados hacia la identificación y solución de problemas económicos y sociales relevantes, desde una óptica eminentemente práctica y que se refleja en una amplia temática que incluye tópicos nacionales que van desde la discusión de asuntos cooperativistas, agrarios y demográficos hasta profundas reflexiones económico-jurídicas, pasando por el tratamiento de problemas financieros y de comercio exterior; y
- c) Propician una intensa actividad editorial universitaria que fue uno de los factores que más contribuyó a institucionalizar el trabajo científico entre estudiosos, investigadores e intelectuales nacionales, y que además sirvió como una de las más importantes fuentes de difusión y actualización, en nuestro medio, del pensamiento económico, político y social de la época. La importancia de este significativo esfuerzo editorial está reflejado en los diecisiete (17) números publicados de la *Revista Universitaria* (de 1936 a 1940) y los cuatro (4) *Boletines* del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad de Panamá (de 1944 a 1945).

A pesar de la promisoría perspectiva que para las ciencias sociales significó este impulso inicial, lo cierto es que no pareció existir, a nivel del Estado panameño, mayor interés en desarrollar en forma ampliada estas nuevas disciplinas científicas. Es un período que coincide con el pleno fragor de la II Guerra Mundial, aparentemente existían condiciones económicas, políticas o intelectuales poco propicias para ese desarrollo. Predominará un pragmatismo rampante en el tratamiento de los llamados 'problemas sociales', y las consideraciones de

tipo burocrático pronto desbordarían los tímidos intentos de profundizar en análisis de fondo (Diagnóstico o evaluaciones). De hecho, durante el período inmediato de post-guerra, disciplinas como la Sociología, la Antropología e inclusive la Economía, eran consideradas como demasiado abstractas y teóricas en nuestro medio, dirigiéndose entonces la prioridad hacia aquellas disciplinas o enfoques prácticos y 'asistencialistas', pretendidamente en mejor disposición para atender problemas sociales inmediatos tales como, por ejemplo, el mejoramiento de los niveles de vida (sobre todo en las áreas urbanas), las políticas *Ad Hoc* de Bienestar Social u otros en los cuales el Estado pudiera tener particular interés o urgencia en un momento dado.

El segundo momento de este período (1940-1960) va a caracterizarse por una drástica ruptura con el momento inmediatamente anterior, es decir, por un profundo reordenamiento de la filosofía universitaria que implicó, virtualmente, la interrupción de casi todo el plan básico de trabajo académico que la Universidad de Panamá se había impuesto desde su fundación en 1935. Visto en perspectiva histórica, todo aquel cúmulo de esfuerzos inicial de la Universidad, en lugar de significar al inicio de un proceso de consolidación e institucionalización creciente, se transformó realmente en un simple momento de transición. La II Guerra Mundial había dejado profundas huellas, y una de las más importantes fue el reforzamiento de la influencia norteamericana en casi todos los órdenes de la vida nacional, incluyendo, desde luego, la Universidad.

Esta influencia fue mucho más allá de la simple presencia física de profesores norteamericanos que empiezan a vincularse a la Universidad durante y después de la guerra. Se reflejará además en la significativa presencia de profesores nacionales egresados de universidades norteamericanas y/o hispanoamericanas y de una ambientación 'deseuropeizadora' (Figueroa, 1984 A). Las consecuencias más notables de esta fase serán el virtual abandono del sistema de seminarios y la eliminación de los centros e institutos de investigación social para finales de la década del cincuenta. En su lugar, veremos florecer el sistema clásico de la 'cátedra Magistral', la popularización de los 'Apuntes de Clase' (Readers), que en la práctica empobrecería el denodado esfuerzo editorial de la década anterior, y la elaboración de las Tesis de Grado, como una com-

pensación frente a la desaparición de los seminarios-talleres.

Si bien todos estos cambios contribuyeron a fortalecer orgánicamente el trabajo de la Universidad, a dotarla de una mayor institucionalidad y a equipararla comparativamente con otros centros universitarios con respecto a criterios de 'modernización', lo cierto es que en lo que respecta a las ciencias sociales en su conjunto, se observaría un dramático descenso en cuanto a la relevancia de los contenidos y temas de investigación, así como un marcado énfasis en imponer un pensamiento social cada vez menos crítico y cuestionador.

De otro lado, gran parte de la producción realmente importante en el campo de las Ciencias Sociales, durante el período, sería el producto de esfuerzos dignos de encomio, pero desarrollados en forma dispersa e inorgánica y al margen de instancias institucionales, centros de estudio o institutos de investigación, que garantizaran una mayor continuidad y profundización de las labores iniciadas. A pesar de esto, durante la década del cuarenta habría que mencionar el valioso aporte de catedráticos panameños y extranjeros, así como de alumnos aventajados cuya contribución fue realmente ejemplar, *v.gr.*, Angel Rubio (Geografía), Diego Domínguez Caballero (Filosofía), César Quintero (Derecho y Ciencias Políticas), Demetrio Porras (Sociología), Demófilo de Buen (Derecho), Rafael Moscote (Historia), Jorge Illueca y Humberto Ricord (Derecho y Pensamiento Político), Ofelia de Hooper y Georgina Jiménez de López (Sociología). Digna de mención es igualmente la contribución de norteamericanos como J. B. Biezanz y su esposa, (Sociología y Etnología), Joseph H. Harrington (Labor Cívica y Economía), y Carolyn de Campbell (Sociología).

El panorama intelectual y científico del país no sufrirá mayores modificaciones durante la década del cincuenta a pesar de los profundos cambios económicos que se observarían desde mediados de la década. A pesar de esto, se registraron esfuerzos incipientes, aunque un tanto más orgánicos y sistemáticos, tendientes a darle mayor relevancia y unidad de contenido a ciertos temas o líneas de análisis, en particular, en el terreno de la Antropología y Arqueología, en el análisis crítico de la economía nacional y en el campo de la Historiografía. En este sentido, habría que destacar la labor de la Dra. Reina Torres de Araúz, quien en 1955 instaura la cátedra provisional de Antropología, así como la de Hernán Porras, que

publica en 1953, el polémico artículo *Papel Histórico de los Grupos Humanos de Panamá*. De igual manera Carmen Miró desarrolla una ejemplar labor vía una mayor sistematización y eficiencia en el manejo de los Censos Nacionales. Los economistas Rubén Darío Carles y David Turner Morales producen los primeros intentos de análisis estructural de la economía nacional panameña para finales de la década. Carlos Manuel Gasteazoro publica en 1956 su *Introducción al Estudio de la Historia de Panamá*. En 1954, Ricaurte Soler inaugura una nueva fase en el estudio de las ideas con la publicación de su obra *Pensamiento Panameño y Concepción de la Nacionalidad*.

A finales de la década del cincuenta se advierte un ambiente de gran efervescencia política e intelectual en el contexto de una economía que materialmente se expande, siguiendo un nuevo modelo de acumulación (la sustitución de importaciones), pero en donde, al mismo tiempo, las contradicciones sociales y políticas empiezan a pre-anunciarse agudamente no sólo a través del descontento generalizado de los sectores medios, la presión de los sindicatos bananeros, la lucha por reivindicaciones económicas y sindicales de sectores proletarizados de la Ciudad de Colón así como de la capital, sino también mediante la búsqueda de fórmulas políticas nuevas y de modelos interpretativos que permitieran replantear la contradicción entre acumulación capitalista y miseria generalizada.

2.2. Segundo Período: 1960-1970

En efecto, un segundo momento se iniciará en la década del 60 cuando a instancias de factores externos, como serían la revolución cubana y la Alianza para el Progreso, la gran mayoría de los países latinoamericanos, incluyendo desde luego a Panamá, se harán beneficiarios de una intensa corriente de colaboración técnica y científica destinada a frenar los ímpetus de una revolución 'desde abajo', situación ésta que, entre otras cosas privilegiará el estudio cada vez más cuidadoso de la "variable social". Esta concepción que adquiere rango de prioridad en la Reunión de Punta del Este en 1959, sirve de marco de referencia para que los "aspectos sociales y políticos" sean tratados con 'más seriedad' en el contexto de los esfuerzos destinados a evitar la reproducción de un modelo 'a la Cubana' en el continente. En esta virtual labor de contrainsurgencia, la ciencia social tenía que elevar sus niveles de comprensión de la realidad social, adquiriendo legiti-

midad por medio del uso intensivo de las técnicas más sofisticadas de la investigación social. Es la época de la "Encuesta Camelot", en Chile y del "Plan Simpático" en Colombia, ambos, proyectos de investigación dirigidos a detectar ángulos sensitivos relacionados con la potencialidad revolucionaria en América Latina. Pero este es también el período de la creación masiva de facultades y centros de investigación especializados en Sociología y Ciencias Políticas en una gran cantidad de países latinoamericanos. Indirectamente, pues, la contrainsurgencia estaba creando condiciones que, por lo menos a mediano y largo plazo, favorecían una elevación en los niveles de desarrollo teórico-metodológico autóctono de las Ciencias Sociales.

En el plano interno, sin embargo, Panamá parece ser una excepción si la comparamos con el resto del continente, incluyendo Centroamérica. Quizás por la ausencia de una sólida tradición universitaria en materia de ciencias sociales, el país no se benefició de los frutos de la investigación y de la transferencia de tecnología que en materia sociológica y económica, experimentarían otros países, y nos limitaremos a recibir pasivamente solo algunos sub-productos de este proceso, particularmente bajo la forma de programas de desarrollo de la comunidad o de asesoría y asistencia técnica auspiciada por la AID y/o los Cuerpos de Paz de los Estados Unidos. En este sentido, Panamá virtualmente estaría reforzando esa aparente tradición pragmatista e inmediatista (y de alguna manera anti intelectual) que, en lo que a las ciencias sociales concierne, se inicia ya desde la década del 40.

Esta situación se expresó a través de programas concretos de Desarrollo Comunal como fue por ejemplo, la ODCU (Oficina de Desarrollo Comunal Urbano), creada en 1967, como dependencia del antiguo Ministerio de Trabajo, Previsión Social y Salud Pública y que en sus inicios se conoció como Oficina de Desarrollo Comunal. Estas dependencias fueron los antecedentes casi inmediatos, por decirlo así, de la DIGEDECUM. Otra expresión de esta fase fue el desarrollo de los Programas de Acción Cívica de la Guardia Nacional que en gran medida también formaba parte de la estrategia de contrainsurgencia, pero incorporando en esta ocasión una mínima base de conocimiento táctico sobre la organización social y cultural de las comunidades en las cuales realizaba su acción.

Este segundo período involucra una profunda revalorización de la problemática 'social' a nivel

del aparato estatal y del proyecto político que lo sustenta, toda vez que incorpora al discurso político tradicional (gubernamental), un elemento 'raro' o 'exótico' que hasta hacía poco estaba limitado a las discusiones en las aulas universitarias o era exclusivo del habitual lenguaje cuestionador del *statu quo*.

Pero de otro lado, este período no solo se caracterizaría, a lo interno, por el proyecto de contrainsurgencia y la importancia político-estratégica del factor social. En el ámbito intelectual, el debate de la cuestión social se enriquecerá notablemente al calor de dos hechos centrales: la revitalización lenta pero sistemática de la actividad editorial (responsable de la producción de Revistas y material documental) y el impulso a los centros de investigación, especialmente universitarios.

Durante la década del sesenta harán su aparición las siguientes revistas y publicaciones periódicas: *Revista Tareas*, fundada en 1960 por Ricaurte Soler; la Revista *Hombre y Cultura*; fundada en 1962 y órgano de divulgación del Centro de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Panamá; la *Revista Tierra y Hombre*, órgano del Departamento de Geografía de la Universidad de Panamá y fundada en 1966; la Revista de la Facultad de Administración Pública y Comercio; *boletín informativo* fundado en 1969; la Revista *Diálogo Social*, fundada a finales de la década. La *Revista Lotería*, si bien inicia sus entregas en la década del cuarenta (1941), va a enriquecer tremendamente la bibliografía sociológica, histórica, antropológica y cultural del país, durante esa época. Si bien muchas de estas revistas, sobre todo las universitarias, no van a tener siempre una salida regular, constituyeron el centro de una gran actividad científica toda vez que eran órganos de difusión de centros de estudio o investigación. Esto es particularmente cierto en el caso del Centro de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Panamá y del Departamento de Geografía e Historia de la Universidad de Panamá.

Constituyen figuras de obligada referencia, ya no solo por sus publicaciones periódicas, sino por notables contribuciones al acervo científico y cultural de la ciencia social, en este período, autores tales como Olga Linares, Ricaurte Soler, Omar Jaén Suárez, Richard Cooke y Alfredo Castillero Calvo.

2.3. Tercer Período: 1970 en adelante (Situación actual)

Una tercera fase en el desarrollo de las ciencias sociales en Panamá se inicia a finales de la década del 60, concretamente a partir de 1968. El modelo de contrainsurgencia, ya en decadencia y ciertamente desprestigiado (por lo menos en su versión militar) se va a complementar con una ambientación de reforma y crítica social encabezada por el General Torrijos y determinada por las nuevas formas de dominación del Estado, particularmente después del fallido golpe de Estado de diciembre de 1969. Después de dos años de represión, la década del 70 se va a caracterizar por los intentos de parte del Estado por lograr una base de apoyo que le permita redefinir su proyecto político.

Una de las primeras reacciones a estos esfuerzos de cooptación política lo constituye la publicación que, en 1970, hace el Partido del Pueblo (Comunista) de la obra *Panamá: 1903-1970* y que redactan J. Francisco Changmarín, César De León, Rubén Darío Sousa y Víctor Avila. Desde otro ángulo, se van a desarrollar esfuerzos tanto a nivel gubernamental como de grupos políticos independientes, para un cuestionamiento crítico de la realidad y transformación social. A nivel gubernamental, un claro ejemplo lo constituye la relevancia que tendrá la DIGEDECOP a principios de la década del setenta y su intenso trabajo no solo de movilización política sino también de investigación social y de apoyo a políticas de desarrollo a nivel local o comunal. De igual manera, en algunos ministerios, como el de Salud y el MIVI, empezaron a establecerse centros de 'Investigación y Planificación Social' desarrollándose paralelamente a este proceso, el persuasivo mito de la demanda potencial de profesionales en las ciencias sociales y que de hecho, algún papel jugó en la expansión que, en términos de graduados y especialistas en ciencias sociales, experimenta el país desde la década del setenta. El principal responsable en estimular, real o imaginariamente esta demanda fue el Estado, por medio de su política de privilegiar el desarrollo de proyectos sociales, como nunca antes se había hecho en el país. Aunque no se dispone de información confiable y coherente a este respecto —lo que no es de extrañar ante la ausencia de un modelo explícito y claro con respecto a las prioridades sociales del Estado— lo cierto es que el primer quinquenio de la década del setenta fue testigo de

prometedoras expectativas con respecto al desarrollo de las ciencias sociales.

Justamente, en 1972, y al calor de esta potencial demanda, se crea la Escuela de Sociología de la Universidad Santa María La Antigua (USMA). Esta fue la primera Escuela en su género, en establecerse en Panamá y fue una respuesta casi automática a las expectativas que acompañan al surgimiento de las Juntas Locales, Juntas Comunales, Juntas Agrarias, Asentamientos Campesinos, Cooperativas, etc., es decir a las posibilidades de desarrollo social que parecen avizorar las bases sociales de apoyo y que el Estado fomenta durante ese período. Inicialmente, su orientación no fue precisamente muy crítica del *statu quo* promoviendo la idea de un técnico 'sensibilizado', sin embargo, para mediados de la década se irá advirtiendo una tendencia a mantener una distancia discrecional con respecto a su posición inicial hacia el Estado y sus proyectos y a reforzar el ángulo básicamente teórico-metodológico; no obstante, la ausencia de una unidad o centro de investigación posiblemente impidió que esta reorientación evolucionara hacia posiciones más radicales o críticas hacia el Estado.

La Universidad de Panamá también se hará eco de esta nueva situación, lo que se verá reflejado en el reforzamiento de la actividad editorial universitaria, ya iniciada en la década anterior, y en el funcionamiento de por lo menos cinco centros de investigación social superior, a principios de la década del setenta: el Centro de Investigaciones Sociales y Económicas (CISE); el Centro de Investigaciones Jurídicas de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, el Instituto de Criminología, el Centro de Investigaciones Antropológicas y el Centro de Investigaciones Educativas y Experimentación del Instituto Centroamericano de Administración y Supervisión de la Educación (ICASE). Lamentablemente, un centro tan importante como el CISE tendrá una vigencia muy breve (1971-1973) debido a la conjugación de dos problemas íntimamente relacionados, primero, la ausencia de una política universitaria definida en materia de investigación universitaria, la que tendrá que esperar hasta principios de la década del ochenta para alcanzar una definición más orgánica, y segundo, la prioridad que dará la Universidad de Panamá a las actividades de promoción social y política y de extensión cultural, actividades estas perfectamente compatibles con la política 'democratizadora' y de puertas abiertas que inaugura la Universidad a partir de su reapertura en 1970.

Por otro lado advertimos que, a nivel de algunos grupos, centros e institutos que tomaron la iniciativa de desarrollar las ciencias sociales de manera independiente y, particularmente, a nivel de aquellos más politizados (izquierda cristiana, marxistas independientes, etc.), se inicia un movimiento que reclamaría de las nuevas disciplinas sociales un mayor compromiso con las necesidades de transformación de la sociedad. La mayor parte de estos grupos se establecieron durante la segunda mitad de la década del 70, a excepción del Centro de Capacitación Social (CCS), que desde finales de la década del 60 empezó a publicar la revista *Diálogo Social*. En 1976 se crea CELA (Centro de Estudios Latino Americanos), y en 1979 empieza a funcionar el TELS (Taller de Estudios Laborales y Sociales). Estos centros van a darle un gran impulso a la investigación social, económica e histórico-política enriqueciendo la bibliografía existente y provocando un ambiente de gran agitación intelectual y promoción política en torno a temas como el papel del Estado, los Tratados Torrijos-Carter, los movimientos populares o las alternativas de transformación social y política en el país, entre otros.

Un elemento coyuntural que jugará un papel fundamental en el reforzamiento de las opciones teóricas y metodológicas de estos centros independientes de investigación y promoción social es el hecho de que inician su actividad precisamente en un momento en que el 'Proyecto Torrijista' ya daba muestra de fatiga y los antagonismos sociales tendían a agudizarse.

Aunque estos centros e institutos van a constituirse, orgánica y financieramente, al margen de los centros-universitarios, mantendrán estrechos vínculos con los mismos, particularmente la Universidad de Panamá, mediante convenios nacionales y regionales. Por ejemplo, en 1979, el CELA firmará convenios de investigación y colaboración académica con la Universidad de Panamá y con el CSUCA (Consejo Superior Universitario de Centro América), respectivamente. De igual forma, el TELS coordinará esfuerzo de investigación con el SUM (Servicio Universitario Mundial), organismo internacional con sede en Ginebra. Hasta el momento, sin embargo, no se ha hecho una evaluación de las implicaciones derivadas de esta relación centros independientes-universidad, por lo menos en términos de fortalecimiento e institucionalización del trabajo científico social en nuestro medio.

A finales de la década del setenta se advierte la consolidación de un fenómeno cuyas características empiezan a perfilarse desde inicios de esa década, y es el de la profesionalización creciente de las ciencias sociales. Pero profesionalización no va a ser necesariamente sinónimo de legitimación o de aumento en el prestigio de las nuevas disciplinas intelectuales a las cuales estamos haciendo referencia y menos de aumento inusitado en la demanda laboral. Se trata simplemente de que la indagación y cuestionamiento de la realidad social ha entrado en una nueva fase, en la cual surgen problemas y situaciones sociales que no pueden ser abordados por las disciplinas tradicionales, en donde, por lo tanto, los requerimientos de preparación técnico-metodológicos y teóricos, son mucho más exigentes y específicos, y en donde finalmente, los principios generales y a largo plazo van cediéndole terreno a la formulación de planes de acción concretos ante demandas y exigencias también concretas.

Indicadores puntuales de esa profesionalización van a ser: a) la demanda de servicios específicos en materia de desarrollo social (al tenor de programas estatales) y por consiguiente la existencia de una *práctica real* (experta o no) en materia de desarrollo social y que se realiza en ministerios, centros de investigación, universidades, empresas privadas, grupos comunitarios, etc. Esta práctica puede ser evaluada y además cuantificada y b) la caracterización de la investigación científica como rasgo distintivo de esta práctica y campo de trabajo, la cual sólo puede ser avalada o lo que es lo mismo, *legitimada*, por medio de la instancia académica correspondiente, en este caso, la Universidad. En este sentido, la creación de la Escuela de Sociología en la Universidad de Panamá cobra una significación muy especial cuando este hecho se da justamente a principios de la década del 80.

La situación actual

La década del 80 da inicios a lo que podríamos denominar la situación actual. El 'proceso de democratización' que se inicia tras la firma de los Tratados Torrijos-Carter y que empieza a asumir forma corpórea mediante las modificaciones constitucionales de 1978 y 1983, permitieron captar la magnitud y la intervención estatal en la conducción de la economía y sociedad panameña desde el golpe militar de 1968, pero permitió también sopesar el impacto de las modifi-

caciones sociales que introduce el proceso, principalmente en términos de la participación popular (a través del Poder Popular, Las Juntas Locales, Asentamientos Campesinos y demás) y de la priorización de proyectos sociales en el campo de la salud, la vivienda, la educación, etc.

Esta acción estatal tenía entonces que reflejarse en la presencia de una significativa burocracia profesional vinculada a los nuevos roles que asume el Estado. Esto de hecho era así expresándose en un incremento del número de empleados públicos en un 196% en el período comprendido entre 1968 y 1983 (MIPPE, 1985). A pesar de esto, la participación de las Ciencias Sociales en cuanto tales, en tanto estamento profesional y por tanto como instancia de referencia para la toma de decisiones fundamentales en materia social, no fue tan envolvente como algunos podrían suponer, y esto, a pesar de que la práctica de los nuevos hábitos de trabajo experimentó cambios cualitativos con respecto a la década anterior y de que los criterios de profesionalización y legitimación se encontraban virtualmente delimitados tanto en términos académicos como de algunas prácticas profesionales (docencia, investigación, promoción, capacitación y asesoría técnica). Lo que sí se hizo evidente, fue la configuración de una especie de síndrome técnico, sobre todo en las esferas oficiales, que ponía énfasis en el papel cada vez más importante del profesional en *cada una* de las etapas del desarrollo de la política social; en la programación, en el desarrollo y ejecución del programa y en la evaluación del mismo, y en esto cada día más coincidirían tanto el sector gubernamental como el sector privado independiente.

Con todo, mientras la práctica de las ciencias sociales 'nuevas' como la Sociología, la Psicología, la Economía, la Ciencia Política, la Antropología y otras, sigue siendo oficiada por una minoría relativa, todavía, el énfasis profesional continúa dándose en el plano social asistencial y en las áreas tradicionales de la educación y la pedagogía, lo que revela uno de los ángulos ocupacionales de ese proceso de priorización de necesidades que se desarrolla durante el período torrijista comprendido entre 1968 y 1978.

No existe aún en el país una contabilidad confiable sobre el mercado de oferta de trabajo de las ciencias sociales —y esto es indicativo del nivel de profesionalización de estas ciencias—, sin embargo, en el siguiente cuadro puede apreciarse,

con la discreción que deben imponer las fuentes estadísticas, parte del hecho señalado.

Ciencias Económicas y Sociales:
Profesionales de Nivel Superior Registrado en el IFARHU,
según disciplina, Nov. de 1983 (1)

	Cantidad	%
1. Antropología	5	0.1
2. Ciencias del Bienestar Social	534	11.2
3. Ciencias Políticas	12	0.2
4. Ciencias de la Educación y Pedagogía	2993	63.2
5. Economía	594	12.5
6. Psicología	328	7.0
7. Sociología	97	2.0
8. Otros	171	3.6
TOTALES	4734	99.8

Fuente: Dirección Ejecutiva de Planificación de Recursos Humanos, IFARHU, Panamá.

(1) La información se refiere a estudiantes graduados en Panamá y en el extranjero que se encuentran registrados en los archivos de la DEPHR del IFARHU.

Por otra parte, si bien no es posible disponer de información cuantitativa confiable sobre el volumen e incidencia de esta población profesional, si es posible un perfil de la práctica profesional correspondiente, tanto a nivel oficial como de centros e institutos privados. La práctica de una década permite además distinguir situaciones típicas de ese proceso de profesionalización y legitimación que hace relación con el nivel de participación e incidencia creciente de las ciencias sociales, pero que también nos habla de las profundas limitaciones que experimenta su ejercicio en estos momentos.

a) Hay que indicar que si bien se reconoce cada vez más la importancia de la investigación social en el desarrollo de programas de política social, se advierte la ausencia, en Ministerios, entidades autónomas e incluso en instituciones privadas, de secciones o unidades de investigación social permanente. No estamos haciendo referencia a una sección que se encargue, exclusivamente, de la investigación básica o pura, o que conciba la investigación como una fase del proceso de implementación de políticas de desarrollo, nos estamos refiriendo a una unidad de investigación que en cuanto tal, apoye todas las fases del proceso de desarrollo de programas sociales y económicos: desde la programación hasta la evaluación pasando por la ejecución.

La necesidad de especialistas en todas las fases del proceso se ha probado como necesaria en programas tales como el de electrificación rural, programas colectivos de vivienda y adiestramiento de personal, entre otros, y esta situación es bien conocida —aunque a un nivel puramente pragmático/operacional— por parte de las instancias burocráticas superiores encargadas de controlar y supervisar estos proyectos. Lamentablemente, aquí afloran problemas de fondo como aquellos relativos a ciertos hábitos (intelectuales, metodológicos y teóricos) de trabajo puestos en práctica por los mismos científicos sociales como lo son aquellos de privilegiar el diagnóstico crítico y develador de la realidad, o bien suplantar el hecho factual o descriptivo por envolventes generalizaciones macro-sociales como base para la derivación de conclusiones o recomendaciones.

Esto sin lugar a dudas, ha tenido consecuencias prácticas desde el punto de vista de lo que se espera del sociólogo o el economista, según sea el caso. En el mejor de los casos, lo que ocurre es que las unidades encargadas de llevar a término los programas de desarrollo social conciben a la investigación social, sólo como una parte del proceso, bien sea de la fase de diagnóstico o bien de la fase evaluativa.

Esto implica que el investigador tenga una incidencia limitada en el proceso de toma de decisiones ya que en muchos casos es contratado, incluso, como 'especialista' para que le haga frente a tareas muy específicas y concretas sin poder involucrarse en la problemática global en cuestión cuando ésta realmente lo amerita.

b) Un segundo nivel de participación hace referencia a lo que podríamos denominar la investigación social 'no comprometida' con los programas de transformación social y económica que desarrolla el gobierno y que engloba a intelectuales, académicos y a sectores politizados que sustentan posiciones críticas con respecto a las acciones oficiales en materia social. Aunque en el marco del presente trabajo no podemos dar una relación detallada de su campo y modalidad de acción, sí podemos decir que este nivel de participación es aplicable a la acción que desarrollan centros de investigación tales como el CELA, CEASPA, TELS, y otros ya mencionados con anterioridad.

En estos casos, se entrecruzan aspectos éticos y científicos que no pueden soslayarse. En efecto, a pesar de su posición crítica y de no involucramiento con las acciones gubernamentales, o qui-

zados por eso mismo, estos centros están incurriendo cada vez más en el terreno del análisis y discusión de problemas específicos que afectan el desarrollo de programas de política social emprendidos directamente por el gobierno. Frecuentemente, dado el nivel de información que se maneja y sobre todo debido al contacto y consulta con sectores directamente afectados (beneficiarios), estos análisis devienen en recomendaciones concretas y en muchos casos, en alternativas viables y/o razonables tanto dentro del marco de los programas de desarrollo social y económico promovidos por el gobierno como de los intereses de los grupos populares. Sin embargo, ante la imposibilidad 'ideológica' de tender un puente, por el costo que esto pudiera implicar en términos de colaboracionismo o de sesgo 'reformista', estas recomendaciones suelen derivar en soluciones formuladas a un nivel macro y a largo plazo, como serían las que podrían esperarse de cambios estructurales profundos.

Desde luego, estos centros consideran que la metodología Acción-investigación-Acción, que involucra a los grupos oprimidos como objetos y también como sujetos de su propio cuestionamiento social, no solo es capaz de ofrecer auténticas soluciones alternativas a las que pueda ofrecer el establecimiento, sino incluso de enriquecer infinitamente el conocimiento científico de la realidad. Sin embargo, algunos consideran (Freeman y Sherwood, 1981) que en su calidad de "participes externos" tienen que pagar un precio, y es que rara vez pueden influir directamente sobre las fuentes de decisión política que tienen en sus manos la programación y ejecución de proyectos que afectan urgentemente sectores de población. Esto conduce a un resultado paradójico y contradictorio. En efecto, habida cuenta de que estos centros independientes, operan con escasos recursos económicos y débiles lazos de comunicación con los centros de decisión política, se corre el riesgo de que a largo plazo pueda limitarse drásticamente su influencia sobre el conjunto de la sociedad, por lo menos como fuente generadora de conocimiento nuevo de la realidad, deviniendo en consecuencia, en instrumentos orgánicos para el análisis exclusivo de 'situaciones de coyuntura' y de activismo promocional y descuidando el pensamiento crítico de fondo.

c) Finalmente podemos hablar de un tipo particular de contribución que hace la ciencia social en nuestro medio y que se realiza por medio de lo

que podemos denominar la *investigación social autárquica*, que es aquella que involucra ese conjunto de investigaciones que, por ausencia de una política nacional de investigación científica y tecnológica, tiene una influencia 'incidental' o más bien 'accidental' sobre las políticas de desarrollo. Se trata básicamente de la investigación social llevada a término por catedráticos universitarios o investigadores y técnicos de alto nivel. Este tipo de investigación comprende desde tesis de doctorado hasta incluso una diversidad de estudios que se realizan a nivel de ministerios y demás dependencias oficiales, pasando por verdaderas contribuciones a la teoría y metodología científica. Realmente no existe en Panamá una adecuada red de comunicaciones que permita aprovechar debidamente este derroche de energía intelectual lo que lleva obviamente a la frustración y la sensación de algunos investigadores de que las ciencias sociales son inútiles. En este punto se impone una reflexión sobre la situación universitaria. En efecto, la Universidad, y en este caso particular, la Universidad de Panamá, que es la instancia académica que ofrece condiciones ideales para un aprovechamiento y planificación óptima de los recursos intelectuales a su más alto nivel, atraviesa por una situación coyuntural en lo que respecta al impulso de las ciencias sociales nuevas.

A este respecto hay que indicar por ejemplo que ciencias como la Sociología y la Economía, sólo hasta la década del 80 alcanzan un significativo reconocimiento académico. La Escuela de Sociología fue inaugurada en 1981 y la Facultad de Economía recién fue creada en 1982. Detengámonos un poco con respecto a la Escuela de Sociología de la Universidad de Panamá.

La Escuela de Sociología de la Universidad de Panamá, creada a dos décadas de distancia del masivo surgimiento de facultades, institutos y centros de investigaciones especializados en Sociología en la mayoría de los países latinoamericanos y a casi una década de fundada la primera escuela de sociología en el país, surge bajo condiciones contradictorias, por lo menos en lo que hace a los nuevos requerimientos de profesionalización y legitimación de las Ciencias Sociales.

En su creación se combinan aspectos académicos y políticos. Por un lado, la escuela nace como producto no sólo de la agresiva inclusión, en casi todos los planes de estudio de las diferentes carreras impartidas en la Universidad —sobre todo después de 1971— sino también de las crecientes expectativas respecto a su capacidad analítica para cuestio-

nar legítimamente el *establishment*. En retorno, sin embargo, esta última razón conspiraría en contra de una mayor inserción y aceptación de la misma en el mundo académico tradicional.

En el contexto de una universidad que, desde 1970 prohija un proceso de democratización y de puertas abiertas, y que inspira un ambiente anti-elitista y anti-tecnocrático —pero que muchos definirían también como ‘masificador’ y populista—, a la Sociología se le atribuía un rol cada vez más contestatario y cuestionador.

Pero si por un lado se daba la tardía aunque crítica inserción de la Sociología en el panorama científico nacional, por el otro lado, la Universidad de Panamá, respondiendo a un nuevo momento del desarrollo político-social del país, y a una nueva etapa de las relaciones con los EEUU, expresada en los Tratados Torrijos-Carter, empieza a revisar críticamente (en 1981) los resultados de la democratización-masificación de la educación universitaria y a considerar las responsabilidades de la Universidad frente a las necesarias transformaciones de orden económico, social y político (Plan de Desarrollo Universitario).

Si bien esta situación aún no se ha proyectado en acciones concretas de la política universitaria con respecto a alguna disciplina en particular (sociología, economía, etc.) no existe la menor duda de que las demandas reales de profesionalización a nivel de estas ciencias, y la necesidad de que las mismas adquieran no solo una mayor legitimidad y capacidad de persuasión política, sino también un mayor nivel científico, está poniendo en tensión a los principales resortes o instancias responsables del desarrollo de las Ciencias Sociales a nivel de la Universidad de Panamá.

Esto significa que el rol contestatario y crítico que a nivel de la Universidad han asumido las nuevas disciplinas, aparentemente, sólo puede rendir frutos efectivos si se comprende cómo se insertan estas nuevas disciplinas del conocimiento con las demandas cada vez más crecientes de la sociedad. Es obvio entonces que la satisfacción de esta demanda corre pareja con un incremento de la eficacia explicativa de las nuevas disciplinas y en su capacidad como medio realmente transformador y no meramente macro-especulativo de la realidad social.

3. Algunos problemas y perspectivas

Dos hechos históricos han jugado un papel importantísimo en la configuración de la nueva Ciencia Social en Panamá, permitiendo que esta de-

limite más precisamente su campo de acción y que incida de manera directa sobre la marcha de los acontecimientos nacionales.

En primer lugar, el florecimiento de una ideología pretendidamente más científica que coloca cada vez más en el centro de lo que se conoce como ciencia social, la investigación científica. La ‘investigación’ (y toda la terminología, métodos de trabajos, hábitos, etc. que ella representa) se convierte en el criterio legitimador de las ciencias sociales, en lo que parece ser un velado reproche al ensayismo verbalista y al normativismo jurídico. Independientemente de los diversos roles que intenta representar el científico social, bien como consultor de política, como asesor, como docente, como técnico, e incluso como militante político, al criterio legitimador y lo que le confiere cierta responsabilidad es su alegada fidelidad a los principios de la investigación social. Poco importan los marcos teóricos o ideológicos que se utilicen, la nueva ética se tiene que fundamentar, casi místicamente, en la ‘investigación científica’. En segundo lugar, y coincidiendo en gran medida con esta nueva ética tenemos que tanto el Estado, como los sectores privados o independientes, paulatinamente le han asignado al ‘factor social’ una importancia creciente. Contrario a los sectores economicistas de la década del sesenta, se ha ido abandonando la tendencia a considerar a los factores sociales como variables dependientes de otras instancias como por ejemplo, la economía. Por diversas razones, la variable social ha cobrado independencia creciente, y si bien algunos la enfatizan como un recurso para ocultar las contradicciones económicas y otros la subrayan precisamente para develar esas contradicciones, esa evaluación de rango ha tenido efectos de importancia en lo que hace el fortalecimiento de teorías, conceptos y metodologías de las disciplinas comprendidas bajo la denominación de ciencias sociales en Panamá.

Algunos hechos subrayan la coincidencia entre la ideología científica y la importancia de la variable social. Por ejemplo, con respecto a lo primero, ya se observa, en la Constitución de 1972, una voluntad política expresa orientada en el sentido científico moderno. El artículo 78 señala categóricamente que “*El Estado formulará la política científica nacional destinada a promover el desarrollo de la ciencia y la tecnología*”. Más recientemente, en junio de 1978, se crea la Ley 6 mediante la cual se establece la Comisión Nacional sobre Política Nacional de Ciencias y Tecnología. Esta Ley hasta el momento, no ha sido desa-

rollada, sin embargo, a nivel de la Misión del Fondo Provisional de las NN.UU., de Ciencia y Tecnología en colaboración con el MIPPE, se han venido haciendo los intentos de evaluación tendientes, entre otras cosas, a crear condiciones que hagan posible la materialización del precepto constitucional expresado en la Ley correspondiente.

En lo que hace concretamente el segundo aspecto, o sea la relevancia de la 'variable social', es evidente la importancia estratégica. Sin embargo, todavía esta relevancia ha estado motivada básicamente por factores externos ligados a programas de colaboración técnica internacional y orientada casi exclusivamente a programas de población. El trasfondo que prioriza la importancia de los aspectos demográficos en países pobres como los nuestros es evidente y explica, además el involucramiento o interés de sectores privados y otras.

De cualquier manera, los esfuerzos hechos en materia socio-demográfica han fructificado en iniciativas concretas orientadas hacia la investigación interdisciplinaria en los campos de la investigación básica, la investigación aplicada y la transferencia de tecnología. En este sentido hay que señalar que, a parte de todas las acciones que en el terreno de investigación y planificación social se viene desarrollando en Panamá desde la década del sesenta, vale la pena destacar dos casos muy recientes que apuntan hacia una eventual integración y mayor profesionalización de las Ciencias Sociales en nuestro medio. En primer lugar la creación del CONAPODE (Comisión Nacional de Política Demográfica), grupo intergubernamental que además de atender a los aspectos estrictamente políticos-demográficos, se constituye potencialmente en un centro de coordinación en materia de investigación aplicada al desarrollo social. En segundo lugar y virtualmente como una concreción de los objetivos de CONAPODE, encontramos el COTEPO (Comité Técnico de Población), una unidad técnica intergubernamental constituida más recientemente y que integra al MIPPE, Ministerio de Salud, Ministerio de Vivienda, Estadística y Censo de la Contraloría General de la República, la Caja del Seguro Social y el IFARHU.

Igualmente, el balance de algunas tareas concretas realizadas por este Comité, como por ejemplo el reciente informe sobre población y Desarrollo de Panamá (Publicación Gráfica) Agosto de 1984, involucra acciones de investigación que a mediano plazo podrán rebasar el marco de los estudios puramente demográficos e integrar otros tópicos y áreas de interés tanto para la política social del Estado, como para una eventual posición interdisci-

plinaria a nivel de las ciencias sociales. De hecho, los estudios de población en Panamá, han tenido la virtud de integrar, a escala tanto de investigación básica como aplicada a un conjunto diverso de disciplinas sociales tales como la economía, la estadística social, la sociología, la ciencia política, la salud pública, etc., en una forma en que no lo pudieron lograr los enfoques economicistas en la década del sesenta.

Finalmente había que señalar, con respecto a los señalamientos anteriores que todos estos aspectos tienen una tremenda incidencia sobre la institucionalización, profesionalización y legitimación de las Ciencias Sociales en Panamá, y constituyen los parámetros básicos dentro de los cuales se pueden llegar a una visión realista del cual es su contribución al desarrollo económico y social del país.

Bibliografía

- Castro Carlos (1976). *La Sociología en Panamá: Contexto Histórico y perspectivas*. Memorias del II Congreso de Sociología. Edición Especial. APSO. Panamá.
- Figueroa N. Alfredo (1984A). *El Desarrollo de las Ciencias en Panamá*. Biblioteca de la Cultura Panameña. Panamá.
- _____ (1984B). "Trascendencia Sociológica". En: *Panamá y su Pueblo*, de Johny Mavis Blesanz, Panamá.
- Freeman, H. E. y Sherwood C.C. (1981). *Investigación Social y Política Social*, Edit. Tecnos Madrid.
- Jaén Suárez, Omar (1982). "Las Ciencias Sociales y la Universidad de Panamá". En: *Revista Lotería* No. 320-32, Nov. p. 37-49.
- MIPPE (1985). "El Estado como Empleador", *Suplemento: Panamá: Dónde estamos, hacia dónde vamos y por qué*. No. 4 Panamá.
- Porcell, Néstor (1974). "La contribución de los científicos alemanes emigrados al desarrollo de las Ciencias Sociales en el Panamá del 30". En: *Revista Lotería* No. 221, p. 43-52, Panamá, Julio.
- _____ (1984). Análisis de *El desarrollo de las Ciencias Sociales*. Primer Congreso de la Escuela de Sociología, Universidad de Panamá, Nov. 18-19, Panamá.
- Soler, Ricaurte (1971). *Formas ideológicas de la Nación*. Edit. Universitaria, Panamá, 3era edición.
- Universidad de Panamá (1984). *Plan de Desarrollo de la Universidad de Panamá*, Panamá.